

CAPITULO XXIII.

UN MOTIN.

Quando un régimen muere, las fuerzas de descomposicion lo disuelven con pasmosa celeridad y lo mismo que habia de servir á su salvacion, sirve á su ruina. La libertad es como la luz; da vida, da calor. Pero la libertad, con toda su virtud, mataba al Imperio, porque era un principio contradictorio con su existencia. Como hay seres que se asfixian en el aire, hay instituciones que se asfixian en la libertad.

Esto debia haberlo pensado con madurez Emilio Ollivier antes de arriesgarse á sus empresas con precipitacion. Al mes de haber proclamado la alianza del Imperio con la libertad, una lógica real, incontrastable, superior á las arbitrariedades de la voluntad humana, le fuerza á perseguir á los escritores, á condenar á los periódicos, á violar la inviolabilidad de los diputados, á cebarse en las reuniones públicas y allanar los hogares privados, demostrando que el cesarismo podia ser la dictadura, la fuerza, la violencia, pero jamás la libertad y el derecho.

Rochefort, que habia salido muerto del en-

tierro de Victor Noir, resucitaba en las persecuciones del Imperio. Lo que más duramente condenaran su irreflexion en prometer y su tardanza en cumplir, sus violencias de lenguaje en el periódico y sus alardes de prudencia en las calles, la energía de su estilo y el desmayo de su fuerza, sus desvanecimientos de orgullo y sus desvanecimientos de terror, agrupábanse á su lado, y volvian á tomar su nombre por enseña de combate, y su persona por ideal y por modelo de accion. En la tribuna, con su falta de palabra; en el diario, con su falta de autoridad; fuera desde aquellos dias completamente inofensivo: en la cárcel iba á crecer y agigantarse. Nada eleva como la persecucion sañuda. Nada transfigura como el martirio. La naturaleza humana es generosa y se inclina á los débiles contra los poderosos, á los atribulados contra los fuertes, á los perseguidos contra los perseguidores. La aureola que se apagara en la frente de Rochefort reaparecia con más brillo.

Autorizados los procedimientos, no habia más remedio que expedir contra el diputado

de París un auto de prision por delitos graves de imprenta. Expedido un auto de prision no habia más remedio que prenderlo. ¡Ah! Los procesos de imprenta dan escasos resultados á los gobiernos y glorifican á los escritores. Sus penas, nunca graves para la víctima, son gravísimas para la autoridad. No se pueden crear delitos artificiales. No se pueden infligir penas arbitrarias. Para que las leyes puedan declarar un hecho ó un pensamiento delito, es necesario que antes lo declare la eterna legisladora de los códigos imperecederos, la humana conciencia. Y los delitos de imprenta, á los ojos de una gran parte de la sociedad verdaderos méritos, luz y no sombra, gloria y no remordimiento, bien y no mal; los delitos de imprenta, decia, pueden y deben llamarse creaciones monstruosas de la ley. Y los procesos de imprenta á su vez pueden y deben llamarse trampa, celada en que parece caer la oposicion, y en que cae realmente el Gobierno. Rohuer con grande prevision lo anunciaba así al Emperador en carta particular. O habia que recoger todas las concesiones soltadas, ó habia que resignarse al movimiento y á la agitacion de la libertad. Pero haberse embarcado, y desconfiar del viento y de las olas, haberse embarcado, y aspirar á la solidez, á la seguridad, á la firmeza que en tierra, era desvarío. El Vice-Emperador le mandaba al Emperador un escrito escandaloso de Vermorel y le decia que la pena lanzada por el tribunal sobre aquel artículo era de quinientos francos de multa. ¿Con leyes así, con tribunales de esa especie, se puede perseguir á la imprenta?

Aun dada la funesta teoría de los delitos de imprenta, y la práctica de tales procesos, en el particularísimo caso de Rochefort, la más vulgar prevision aconsejaba mucho tacto, muchísima prudencia. Se trataba de un escritor popular, de un diputado de París. Poner la mano sobre su toga de legislador, era tanto como provocar una protesta. Sabido es que el pueblo y el partido avanzado, no tie-

nen gran amor á las protestas pacíficas. Y las violentas dañaban á los progresos del partido avanzado ciertamente, pero no dañaban ménos á la alquimia del Imperio liberal. La prudencia debia estar en los de arriba más que en los de abajo, pues desde lo alto se descubre mucho horizonte y se ve muy lejos. Pero Emilio Ollivier, ofendido, irritado, teniendo del gobierno la misma falsa idea que sus predecesores, y airado contra la libertad, armó nuevos escándalos que cedieron solamente en su daño. Lejos de prender á Rochefort con precauciones que alejaran todo motivo de lucha, le prendió con alardes de provocacion y con recursos de fuerza. Habíase citado una reunion en los barrios populares, á fin de que el diputado de París diese una conferencia sobre Voltaire, á beneficio de cierto preso político. Pagábanse veinticinco céntimos de entrada, y se reunia gran muchedumbre. Flourens, el agitado y agitador Flourens, presidia. Celebrábase la reunion allá en la Villette, en las entrañas del París trabajador, donde el suelo parece regado de abrasadora pólvora, y las inteligencias de revolucionarias ideas. Y allí quisieron prender al autor de la *Linterna*. La provocacion era, pues, meditada y reflexiva, aun á riesgo de verter sangre. Y todo esto lo hacia en plena paz un ministro que declaraba no reconocer delitos del pensamiento, como para desautorizar su poder y agravar su situacion.

La multitud se reúne á la hora citada en torno del salon. Rochefort llega, baja del coche, y va á entrar. Entonces un gran cordon de gendarmes, de agentes de orden público, de sombríos esbirros, cercan á Rochefort, le intiman que se dé á prision, le llevan á lo que antes llamaban aquí el cajon de la policia, lo encierran violentamente en coche de alquiler, y lo conducen á la cárcel de Santa Pelagia. La noticia de este caso llega prontamente á la sala de la reunion. El aire es allí irrespirable, la multitud revolucionaria; el presidente Flourens. El calor de las inteli-

gencias sólo es comparable con el calor de la atmósfera. Los quinqués de petróleo lanzaban nubes de humo en las nubes de cólera, y he- dor nauseabundo en aquel respiradero, estrecho de violentísimas pasiones. Flourens se levanta como una sombra amenazadora, tiende los brazos á la revolucion, anuncia en tono solemne que el sufragio universal acaba de ser herido en la persona de un diputado, el pueblo de París en la persona de un representante, declara caido el Imperio, destronado por ende el Emperador, proclama la revolucion permanente; y para apoyar sus dichos, saca del bolsillo una pistola, y desenvaina una espada, prende al comisario de policia, le obliga á andar delante de él, y ordena á los exaltados jóvenes, sus amigos y sus compañeros, que entonen el cántico sagrado de la libertad, aquel cántico de la revolucion, semejante al cántico de Moisés en la salida del cautiverio de Egipto, la Marsellesa, la cual recuerda el triunfo glorioso del pueblo republicano sobre los viejos Faraones de Europa y sus soberbios caballeros, ahogados todos en el mar tempestuosísimo de las nuevas ideas.

Inmediatamente que Flourens dió este grito el público reunido allí para asistir á una conferencia pacífica se dispersó al ver que se trataba de una revolucion violenta. Ni el entusiasmo de Flourens, ni su estética figura, ni su exaltacion heroica, ni sus arranques de desesperacion movieron al pueblo; y eso que el pueblo era del barrio más exaltado, y del partido más revolucionario de todo París. El héroe se quedó con diez y seis jóvenes, todos desarmados, que cantaban como cigarras, y que tenian por único instrumento de ataque una pistolilla y un sable. Al salir, en la puerta misma, hubieran caido bajo el poder de la policia, si el comisario aterrado, medrosísimo, creyendo que le iban á asesinar, invocando la memoria de su mujer y de sus hijos; antiguo esbirro de Napoleon; el que prendió la noche del Dos de Diciembre á alguno de los diputados, á la sazón minis-

tros; azorado, trémulo, no mostrara sus insignias y diera orden de abrir francamente paso, cuando ya se precipitaban sobre su fácil presa. Como si las sociedades humanas estuvieran al arbitrio de un solo hombre, como si bastara para moverlas y trasformarlas un gesto y una palabra, Flourens cuenta en su gigantesca empresa con grupos que no parecen, y con asociaciones que no acuden, y con jefes sin subordinados; para construir barricadas, y erizar de fortalezas el barrio, y sostenerse toda una noche, y combatir hasta lograr que al dia siguiente París entero se despertase bajo el látigo de la revolucion y se asociara con todas sus fuerzas á tan quimérica obra. Creia más, creia que sus invocaciones al ejército, sus artículos sobre las injusticias de que oficiales y soldados eran víctimas, su amistad personal con algunos, sus largos ditirambos y sus ardientes catilinarias contra el favoritismo, le valdrian el que de los cuarteles y de las compañías le proporcionaran armas para pelear contra las compañías y contra los cuarteles. Urdia una revolucion, la iniciaba con el mismo descuido que, si en vez de estar realizándola, estuviera escribiéndola. Es fuente de error, y de error gravísimo, desconocer la distancia que separa las ideas de su realizacion. Así fué el desencanto terrible. Los grupos no se formaron, los conjurados no fueron, los oficiales no se le juntaron; permaneció cerrado el cuartel de donde esperaba los héroes del ejército, y cerrado el taller de donde esperaba los héroes del pueblo; y sonando la trompeta de la revolucion parecia sonarla en lo vacío. Mas ¿qué se dijera de él si retrocedia, si abandonaba su puesto, si dejaba sin realizacion su proyecto? Como el héroe manchego, llevaba los libros de la caballería revolucionaria en la mente, el bálsamo de Fierabrás á la espalda, el yelmo de Mambrino á la cabeza, su lanzon en la mano, el flaco Rocinante de su deseo por todo apoyo, algunos aventureros en torno suyo; y ha-

bia de rescatar aquella misma noche su República en Dios y en su conciencia; ó perecer en la demanda. Así amontonó los coches de alquiler que encontró al paso; valcó los ómnibus que atraviesan en todas direcciones; aglomeró los escombros de las casas en construccion; é hizo alguna que otra barricada en medio de los cánticos y de los vivas de sus diez y seis jóvenes y de otras cuarenta ó cincuenta personas, que de espectadores habian pasado á actores en aquel singularísimo drama. Armas, armas, pedian á grito herido, con febril entusiasmo, con ánimo resuelto á sacrificarse, aquellos revolucionarios de la fantasía, perdidos en la soledad. Y para procurarles armas Flourens no tuvo otro recurso que entrarse en el teatro del barrio; atravesar su tablado y sus bastidores; penetrar en el vestuario, y aprovecharse del puñal de Margarita de Borgoña, de la copa de Lucrecia Borgia, de los lanzones del Cid, de las espadas de hojalata, de las vainas doradas, siendo todo aquello más real y más positivo y más verdadero que su soñada revolucion. Al salir de aquel arsenal de sus esperanzas, donde por fin encontrara algunos fusiles de chispa admirablemente manejados en otros dias por los comparsas, vió que hasta sus compañeros más decididos le habian abandonado. Él sólo quedaba allí, acompañado de un amigo, único á quien comunicara su locura, y que aun tenia asido del cuello, al tro-

feo de aquella lucha, al comisario de policía.

Mas Flourens no se desengañaba. Echado atrás el sombrero, su gaban al brazo, la pistola en una mano, la espada en la otra, caldeado por el fuego interior de su pensamiento, exaltadísimo por las contrariedades, iba de un lado á otro, de una á otra calle, á trabajar en las barricadas, á sostener á los combatientes, que ya no llegaban á una docena; y todos de nuevo reunidos, pues los primeros, al ver tan cerca el peligro y tan lejos la victoria, se habian con mejor acuerdo alejado y escondido. Lo que habia de suceder sucedió. Unos cuantos agentes de orden público, sable en mano, acometieron las barricadas de frente; y otros cuantos guardias de París á caballo las flanquearon con toda facilidad. Los jóvenes fanáticos echaron á correr dejando á dos heridos mortalmente en medio de la calle. Flourens, apoyado contra una puerta, permanecía allí como estático ante su obra, cual si aguardara nuevos refuerzos, cuando la espada de un agente se cruzó con su espada, y le obligó á retirarse y á huir. La luz del nuevo dia, es decir, del ocho de Febrero de mil ochocientos setenta, calmó los ánimos, pero á las sombras de la nueva noche algunos almacenes de armas fueron saqueados en el centro de París y algunas barricadas se levantaron y desaparecieron como anuncios de más temibles y más pavorosas erupciones.

CAPITULO XXIV.

AMENAZAS DE GUERRA.

Cuando Napoleon tocaba los resultados que traia consigo la libertad, volvíase con resolucion á contemplar amorosamente como su único puerto, como su único refugio la guerra. Así por aquellos dias todos la veíamos venir, todos la oíamos resonar en los aires. El César no habia buscado la libertad por la libertad misma, la habia buscado por su dinastía. La libertad la destronaba; pues no tenia remedio, iba á la guerra. Así en aquellos dias, en aquel mes de Febrero de 1870, escribia yo las siguientes páginas, que reproduzco, teniendo ya ante los ojos la imagen siniestra de la guerra, para mí de todo punto inevitable:

«Antes de que la guerra hable, conviene á la democracia europea subir hasta sus causas para preservarse en lo porvenir de iguales calamidades. ¿Por ventura es la guerra que relampaguea una guerra de razas? Los sustentadores de la política francesa y de la política prusiana pretenden que esta guerra contemporánea es la renovacion de la antigua entre la raza germánica y la raza latina; en-

tre el elemento individualista y el elemento socialista de la historia; entre la libertad anárquica, feudal del Norte y la igualdad plebeya, cesarista del Mediodía; entre la autoridad religiosa del catolicismo y la conciencia emancipada de los protestantes; entre la raza del derecho personal, de la reforma religiosa, de la Constitucion sajona, de la República americana y la raza del imperio del Pontificado, de la monarquía universal; ideas contradictorias que no pueden vivir sino en lucha, y no pueden luchar sino para que una de ellas rija en definitiva el sistema entero de la sociedad moderna y sea como el sol de la futura mecánica en que habrán de engarzarse los pueblos.

¿Una guerra de razas? Se concibe semejante catástrofe en tiempos de ignorancia, cuando el ideal humano todavía no brillaba en el espíritu. Se concibe que César, que Varo, que Germánico buscaran los pueblos bárbaros de las orillas del Rhin y del Danubio para disciplinarlos con la espada y el derecho romano, encerrándolos en el hogar único de la civili-